

Una experiencia: La creación del archivo de historia oral Refugiados Españoles en México

Dolores Pla Brugat*

*Para Enrique Sandoval.
Abono mínimo
de una deuda grande.*

Hace años, en la Facultad de Filosofía y Letras, alguno de mis profesores dijo algo que en aquel momento me desconcertó: "si al finalizar una investigación lo planteado originalmente sigue incógnito, esta investigación no ha sido demasiado exitosa". Y efectivamente, las experiencias de investigación muestran que el punto de partida es sólo eso. Con ello no pretendo restarle importancia; al contrario, su importancia es capital: es el momento de "poner el dedo en la llaga", es el descubrimiento de un problema, el planteamiento de la pregunta o las preguntas. Es el momento decisivo que va acompañado también de esas explicaciones, de esas respuestas tentativas, que se pondrán a prueba en el transcurso de la investigación; son las hipótesis de trabajo. Así pues, planteo que el hecho de que el punto de llegada esté en contradicción, total o parcialmente, con lo supuesto original, no sólo no significa un fracaso en la investigación, sino que es un éxito, un logro en la medida que significa que se ha avanzado en el conocimiento.

En este artículo me propongo exponer cuáles fueron los puntos de partida y cuáles los resultados del Proyecto de Historia Oral Refugiados Españoles en México, tarea difícil porque no es un proyecto planteado e iniciado por mí, aun cuando he participado en él desde su inicio hasta la fecha, asumiendo, en la segunda etapa, la coordinación del mismo. Pero años de trabajo dedicados intensamente a su realización, y el haber leído miles de páginas en que se ha traducido, me anima y también me obliga a hacer algunas reflexiones.

Este proyecto se inició en 1979, en el Archivo de la Palabra del INAH, bajo la dirección de la doctora Eugenia Meyer, y se trabajó en el mismo desde esta fecha hasta 1982. A partir de ese año, por cambios administrativos, el proyecto quedó suspendido y no sería retomado hasta 1986. Esta segunda etapa del proyecto ha corrido a cargo de la Dirección de Estudios Históricos del propio INAH, con el apoyo financiero de la Dirección de Archivos Estatales del Ministerio de Cultura de España,



y finalizará en los próximos meses al concluirse la elaboración del archivo. El resultado final será un archivo constituido por 117 entrevistas realizadas con refugiados españoles que vivieron su exilio de forma total o parcial en México. El volumen de trabajo será de aproximadamente 700 horas de grabación y alrededor de 25 000 páginas transcritas, es decir, se trata de un archivo de testimonios orales que, por su volumen, seguramente es uno de los mayores que hayan realizado y concluido en México.

II

Las entrevistas se caracterizan por constituir cada una de ellas una biografía, de tal suerte que, por las características de los informantes, significan un recorrido vital que atravesó de manera principal por la historia de dos países: España y México; aún más, considerando que estos refugiados antes de su llegada a México permanecieron, a manera de estación de paso, en otros países como: Francia, República Dominicana, Cuba, la URSS, etc., el recorrido temporal en el que se ubican estos testimonios arranca prácticamente con el siglo y termina en los años recientes.

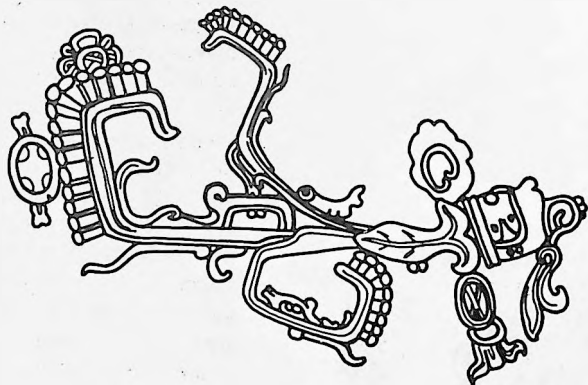
Nuestros informantes han sido pues testigos y/o partícipes de muy diversos acontecimientos y procesos históricos a través de una geografía y una temporalidad muy vastas, entre ellas podríamos mencionar la guerra de Marruecos, la dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República y, desde luego y en lugar privilegiado, la Guerra Civil, cuya participación en la misma les costó a todos ellos el exilio. Después de este desgarramiento, siempre brutal, que sig-

nifica el destierro, vivieron los momentos de preguerra en Francia e incluso muchos de ellos, la ocupación nazi; otros, antes de llegar a México, fueron testigos de la URSS stalinista o de la Dominicana de Trujillo, etc... Por lo que a México respecta, han sido testigos y partícipes de cinco décadas de la vida nacional; al tiempo que construyeron una organización por separado en muchos sentidos y participaron activamente en muy diversos espacios de la historia y la sociedad mexicana. Para hacer este recorrido temporal, geográfico y temático, se contó con un cuestionario que sirvió de guía para construir estas biografías y de él hablaremos más adelante.

¿Pero quiénes eran estos informantes? El exilio español que se establece en México masivamente a partir de 1939 tiene una conformación heterogénea, mucho más diversa de lo que generalmente se piensa. Un trabajo preliminar ^[1] al respecto realizado a partir de la información relativa a los pasajeros de los tres primeros barcos que llegaron a México, financiados por el SERE (Servi-

cio de Evacuación de Republicanos Españoles), 4660 personas en total, arroja los siguientes resultados: 55% eran hombres y 27% mujeres mayores de 15 años, el restante 18% eran menores de esa edad. El 82% constituido por los mayores de 15 años se dividió así: 51% eran casados, 27% solteros y 4% viudos. Estamos hablando entonces de una migración familiar, compuesta, por otra parte, por individuos procedentes de todas las regiones de España, si bien no todos estuvieron representadas de la misma manera. Así, Cataluña aportó el 22%, Castilla La Nueva 21%, les siguen Andalucía con 11% y Vascongadas con 7%, Castilla La Vieja, Aragón, Valencia y Asturias aportan cada una el 6% y el resto de las regiones contribuyen, también cada una, con menos del 5%.

Un dato particularmente importante es el que se refiere a la ocupación de los refugiados en España. Las 128 que se mencionaron en el documento ^[2] que sirvió de base para escribir este trabajo preliminar, pueden en principio agruparse como sigue:



- Obreros, artesanos y trabajadores calificados 32%

- Actividades agrícola-ganaderas 20%
- Intelectuales y artistas 14%
- Profesionistas 14%
- Estudiantes 2%
- Comerciantes 1%
- Otros 4%

A esta heterogeneidad habría que sumar la que significaba la diversidad de posturas políticas. Lamentablemente todavía no tenemos información confiable al respecto, pero sí sabemos que las principales filiaciones políticas durante la guerra dentro del bando republicano, mismo del que se desgaja, desde luego, el exilio, fueron: socialista, anarquista, republicano liberal, comunista y regionalista, entendiendo por esta última a los movimientos catalanista, vasco y galleguista.

Parece muy claro que se confirma lo escrito por José Antonio Metsanz¹³¹ cuando se refirió al exilio que llegó a México como "una España en pequeño", en uno de los trabajos más lúcidos que se han escrito sobre el tema. Pero una España, habría que agregar, selecta. Si consideramos que se estima que en 1931 el índice de analfabetismo en España oscilaba entre el 30 y 40%¹⁴¹ y lo comparamos con el que presenta este grupo de refugiados que alcan-

za apenas el 1%, resulta claro que estos exiliados son representativos de apenas un poco más de la mitad de la sociedad española que podríamos llamar "ilustrada", no como sinónimo de letrado, sino como lo quiere Sarrailh,¹⁵¹ equivalente de emprendedor, dirigente, participativo. Recordemos que la inmensa mayoría de ellos tuvieron que salir de su país justamente porque habían ocupado puestos de dirección durante la República y la Guerra, tan diversos como el ser ministro o ser un humilde delegado sindical, pero puestos de dirección al fin y al cabo. Con todo, los instruidos destacan en el grupo. El 26% de los jefes de familia conocían el francés, el 6% el inglés, el 2% el italiano y el 9% el alemán.

Pero si bien esta información permite confirmar que se trata de una emigración selecta, es evidente también que dista de estar formada única o principalmente por la "élite intelectual", idea, esta última, que ha prevalecido en México y que se ha visto reforzada por la propia comunidad de refugiados, el Estado mexicano y los trabajos académicos que se han escrito sobre el exilio. Sin duda el hecho de que el 28% de los refugiados tuvieran una formación universitaria refuerza y aun confirma que en México se estableció una porción muy importante de la élite intelectual española. Y más que eso, el hecho de que su intenso y valioso trabajo en México haya dejado una innegable huella en prácticamente todas las disciplinas científicas y humanísticas, explica el orgullo legítimo del propio grupo, el beneplácito del Estado que fue su protector y el interés de los académicos. Pero no se puede hablar en nombre de todo el exilio, si se olvida el 72% restante, los "refugiados del común".

Recapitulando, entonces, vemos que el proyecto de creación de un archivo de testimonios orales de refugiados residentes en México no era fácil, yo diría que era extremadamente difícil; su planteamiento, ambicioso y totalizador, implicaba largos recorridos espaciales, temporales y temáticos, y también, grandes saltos sociales. Digo grandes saltos sociales porque, a diferencia de otros proyectos de historia oral cuyos informantes generalmente o mayoritariamente comparten una ubicación social (no olvidemos que uno de los primeros grandes impulsos de la historia oral fue el dar voz a los que no la habían tenido —a través del lenguaje escrito, se entiende—, lo que implicaba una clara ubicación de clase de los informantes), para este proyecto la distancia social entre un informante y otro podía ser casi abismal. ¿Cuál es la distancia entre un rector de universidad, republicano liberal, madrileño y un obrero textil, catalán y anarquista? ¿Cuál entre un joven heredero, comunista, de terratenientes andaluces, y una criada vasca y socialista? Cerrando los ojos y dejando fluir en la memoria las diversas voces que hemos grabado, aparece con inmensa claridad sólo un momento en el cual las barreras sociales casi desaparecen; este momento es el inicio del exilio. Efectivamente, la estancia en los campos de concentración del sur de Francia (donde, por supuesto, tampoco estuvieron todos los refugiados), significó prácticamente la desaparición de estas barreras. Ahí se compartió el hambre, el frío, las enfermedades, la desesperación o, por el contrario, la esperanza. A partir de este momento, conforme nos hacemos hacia adelante o hacia atrás en el tiempo, la diversidad del grupo va cobrando fuerza e intensidad. ¿qué los

une, entonces?, ¿Qué es lo que permite tomarlos, todos a una, como un objeto de estudio? Sin duda el que para la historia mexicana, en su exilio mexicano, se conforman como un grupo separado de la sociedad mayor, perfectamente identificable a partir de sus instituciones formales e informales que los organizan y dan un carácter, con dos lazos básicos de integración en el interior del grupo: una coincidencia o memoria histórica compartida y una identidad propia que habrá de conformarse precisamente a partir de la experiencia del exilio y del encuentro con el otro, en este caso con México.

Pero finalmente, ¿a quién se entrevistó y qué se le preguntó? Al inicio del proyecto no se tenía información confiable acerca de la composición del exilio, se desconocía, o al menos no se le daba su verdadero peso, al hecho de que se trataba de un grupo socialmente heterogéneo. Ello, sumado al otro hecho de que sí se conocía la relevancia de la obra realizada por la "élite" de la emigración, contribuyó a que la selección de los informantes, más que estar guiada por la intención de obtener una "muestra representativa", se orientó a la búsqueda de testimonios de personalidades destacadas dentro de la migración. La tentación de entrevistar a los grandes (los que sobrevivían) hombres y nombres era ciertamente irresistible. De cualquier manera, la "gente del común" también se dejó escuchar; particular interés se puso en ello en la segunda etapa del proyecto, en un intento de contribuir a la diversificación.

De tal suerte, el archivo quedó constituido de la siguiente manera: 33 de los entrevistados son mujeres (28%) y 84 son hombres (72%). En

cuanto al lugar de origen, predominan los catalanes con un 32%, les siguen los originarios de Castilla La Nueva con 21%, Valencia 12%, Andalucía y León 5% cada una, Asturias 4%, Murcia, Aragón, Castilla La Vieja, Galicia y Baleares 3% cada una y hay un 7% de otros orígenes. La composición en cuanto a ocupación en el país de origen quedó como sigue:

- Profesionistas 25%
- Intelectuales y artistas 23%
- Estudiantes 16%
- Obreros, artesanos y trabajadores calificados 13%
- Empleados 7%
- Comerciantes 5%
- Hogar 5%
- Otros 6%

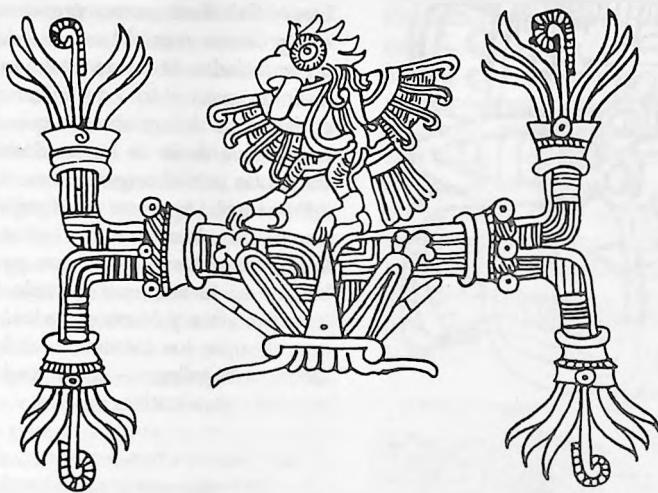
¿Qué se les preguntó? La elaboración del cuestionario fue, sin duda, producto de un gran esfuerzo, y se convirtió en instrumento fundamental para la realización de la entrevista. Es el elemento clave del proyecto. Ahí queda plasmado qué se esperaba de los testimonios, se suponía la información que se iba a rescatar. En él quedaba implícito y explícito el espíritu mismo del proyecto, más en este caso, en el que no existía un proyecto de investigación que sustentara la creación del archivo; es decir, había un qué y un cómo, pero no había un para qué. El qué, los temas, quedaban plasmados en el cuestionario; el cómo, era sin duda la entrevista misma, pero el para qué no era explícito, más bien

quedaba implícito y eran en realidad varios para qué: se trataba de registrar todo, de consignar todo, la información habría de contribuir a enriquecer diversos saberes y habría de ser útil a muy diversos especialistas, desde el psicólogo preocupado por los problemas de identidad, hasta el historiador metódico y detallista preocupado por reconstruir la batalla del Ebro.

Esta guía para la recuperación de la memoria está formada por cuatro grandes cuerpos de temas y preguntas, ordenados cronológicamente y que son los siguientes: 1) Antecedentes biográficos, 2) Segunda República 3) Guerra Civil 4) Exilio. En el primer apartado se indaga acerca del origen social del informante, se rastrea su formación ideológica y su participación política y se recopila información acerca de la religión y la educación.

En el apartado relativo a la Segunda República, se privilegia la recopilación de información relativa al desarrollo de la conciencia y de la participación política y/o sindical. En este apartado, junto a la narración de las experiencias y vivencias estrictamente personales, se recuperan múltiples elementos de la "memoria colectiva", en la medida en que el informante expone también sus opiniones (las de entonces o las del momento de hacer la entrevista, a veces es difícil saberlo) acerca de los principales hechos históricos y procesos que se vivieron en el periodo, desde la significación del advenimiento de la Segunda República, hasta los asesinatos del teniente Castillo y Calvo Sotelo.

El apartado relativo a la Guerra Civil, se propone cubrir la vida de los



entrevistados a partir de dos grandes ámbitos: la participación en la lucha armada y la vida cotidiana. También en este apartado la información relativa a la vida estrictamente personal se entrecruza constantemente con el mundo de la "memoria colectiva" y de la ideología. Se le pide al informante que recuerde el impacto de la guerra en su vida y en su comunidad, o su participación en los frentes de batalla y que intente reconstruir y dar su propia explicación sobre los hechos más importantes del tiempo de la guerra.

En el apartado relativo al exilio, se hace particular énfasis en la recuperación de la vida personal. Los grandes hechos y procesos casi desaparecen de la entrevista. En él, se intenta recuperar información a partir de dos grandes temas: la integración económica del informante en México y el proceso de asimilación per-

sonal y de grupo al nuevo ambiente; se hace particular hincapié en rastrear la organización institucional del grupo.

III

¿Pero qué es la historia oral? ¿Cuál es su especificidad, si es que la tiene? ¿Con qué concepción de ella se inicia el proyecto y qué resultados arroja el proyecto mismo?

Mencionemos tres posibilidades:

-¿Es una manera de dar la palabra a los que no la han tenido; de dar voz a las clases subalternas para que expresen su propia versión de la historia, presumiblemente opuesta a la "historia oficial"?

- ¿Es una manera de ampliar información, de completar datos—dijamos, una fuente más sobre deter-

minado asunto— o de llegar más rápido a obtener determinada información que eventualmente está en fuentes de otro tipo?

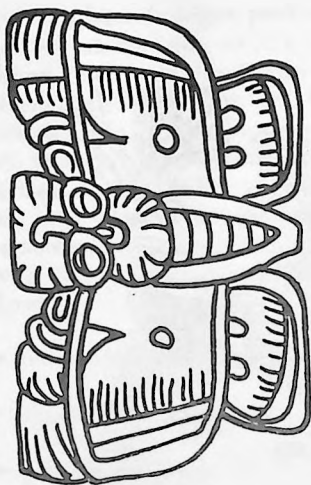
-¿O es la posibilidad de incorporar a la Historiografía un espacio nuevo de conocimiento, una manera de enriquecer el saber histórico que, sin invalidar los saberes y las técnicas tradicionales, se suma a ellas y las enriquece?

Intentaré responder a estas preguntas a través de la experiencia que se ha tenido con los testimonios de los refugiados españoles, tomando en cuenta tanto el cuestionario como la interpretación que del mismo hicimos, en los hechos, a través de los entrevistadores. De ninguna manera me propongo encontrar respuestas contundentes, sino sólo ofrecer elementos para la discusión.

1. Los refugiados españoles como grupo forman parte sustancial de los derrotados de la Guerra Civil, ¿pero acaso no han tenido voz? La han tenido, mucha, muy alta y de gran calidad. Desde los años mismos de la contienda armada contaron con portavoces de su causa; tanto al sur de los Pirineos como más allá de sus fronteras, las mejores voces de su tiempo apoyaron su causa. Posteriormente, los mejores libros y los más leídos sobre la República y la Guerra fueron escritos por simpatizantes de su causa. Por lo que al exilio se refiere, el hecho de que, como hemos visto, estuviera conformado en una parte sustancial por la intelectualidad española de su tiempo, hizo que el grupo tuviera sus portavoces, otra vez, de muy alto nivel. Sería, creo, demagógico, si no tonto, pensar que al entrevistarlos dimos voz, dimos la palabra a un

grupo que no la tenía. Podría ser revelador, por ejemplo, revisar la bibliografía que han generado acerca de su exilio en México para invalidar cualquier duda al respecto.^[6]

Pero precisemos de qué estamos hablando. Cualquier entrevista que revisamos incluye, al menos, tres clases distintas de información o tres niveles distintos. Dos de estos niveles se refieren, en mucho, al mundo de la ideología, a los grandes planteamientos que son compartidos por toda una comunidad o comunidades, a las explicaciones y/o representaciones colectivas; en una palabra, a la memoria colectiva. El tercer nivel se genera a partir de la experiencia empírica y única del informante. Ejemplos para el caso que nos ocupa: el primer nivel puede referirse a los grandes acontecimientos, temas y problemas de la historia nacional, la española en este caso; así, cuando preguntamos a los informantes su opinión acerca de la dictadura de Primo Rivera o sobre el papel del Comité de No Intervención durante la guerra o sobre la función de la Iglesia en la historia española, nos encontramos con respuestas más o menos compartidas. Es obvio que la información que obtenemos no parte de la experiencia personal del entrevistado (desde luego, excluyo aquí a los grandes líderes o personalidades, no me refiero ni a los representantes republicanos ante la Sociedad de las Naciones ni a Manuel Azaña precisando cuál habría de ser la política frente al clero) sino a que lo que obtenemos es la versión que del discurso oficial^[7] se ha colado, ha permeado la sociedad y que estos informantes han convertido en propia.



El otro nivel de información también se refiere a verdades compartidas por todo un grupo que tampoco tienen que ver mayoritariamente con la experiencia personal. En el caso que nos ocupa, ello se puede ver muy claramente a partir de dos vertientes: las versiones que pasan a través del tamiz de la militancia política determinada o del origen étnico determinado. Aun cuando todos compartan las "certidumbres oficiales" mencionadas en el primer nivel, en este segundo nivel empieza la diversificación: "Todos somos iguales, pero unos somos más iguales que otros". Aquí los discursos siguen siendo oficiales pero son para uso exclusivo de determinados grupos. Esa República y esa Guerra, que fue de todos, no fue igual para todos. Acontecimientos, momentos, procesos capitales en esta historia, empiezan a verse a través de cristales distintos. Los comunistas plantean la participación soviética en la Guerra, por ejemplo, de forma distinta, opuesta a como la sintieron y vivieron los militantes del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista, co-

munista antiestalinista) o los anarquistas. Las decisiones del gobierno de Juan Negrín o las gestiones de Largo Caballero como presidente del gobierno republicano, pueden ser apreciadas de forma totalmente distinta, según el tipo de militancia socialista del informante de que se trate. ¿Qué decir de las "verdades" tamizadas por el origen étnico del informante? La guerra no significó exactamente lo mismo para los catalanes, mayoritariamente, que para los que no lo eran, por ejemplo. A las expectativas y deseos de todos los republicanos, los catalanes —o los vascos, o los gallegos— sumaban demandas y expectativas propias.

Nos encontramos, entonces, en estos dos niveles con grandes "verdades compartidas", con una visión común de la historia, con un discurso o discursos "oficiales" que no han sido generados por estos informantes. Lo interesante en este caso es cómo ellos se han apropiado del mismo, lo han hecho suyo, con él han construido en mucho una memoria y una identidad colectivas y, eventualmente, ha servido como una bandera para la acción. Pero, sin duda, con esta información difícilmente se podría construir un discurso histórico novedoso que significara una ruptura del discurso histórico oficial.

Las cosas cambian, y a veces radicalmente, cuando analizamos el tercer nivel de la información, aquél que se refiere a la experiencia exclusiva y propia del informante. Para recuperar ésta, por ejemplo, ya no debemos ni podemos preguntar qué piensa del papel desempeñado por la iglesia en la historia de España, sino qué recuerda del cura de su pueblo. No debemos ya preguntar

qué ha significado el exilio español para México, sino que a través de la construcción de su biografía, insustituible y única, nosotros tendremos que obtener la respuesta. En el primer caso no podremos encontrar que el mismo informante que está convencido de que la Iglesia es la gran lacra de la historia española, recuerda con amabilidad al cura de su pueblo y no explica ni justifica que haya muerto asesinado durante la guerra. En el segundo, no es difícil encontrarse con que un informante que haya exaltado la emigración republicana a México, porque la conceptúa como de alto nivel académico, olvide incorporar a este concepto general su propia experiencia particular, que nada tiene que ver con el mundo académico de "altos vuelos".

En el caso que nos ocupa, entonces, la construcción de otra historia, de un discurso histórico distinto o, yo estaría más de acuerdo en decir, de un discurso histórico más complejo y enriquecido; no aparece, creo, por donde se pensaba originalmente, sino por otro lado. Es decir, no es que los informantes no vayan a dar una versión distinta y subversiva acerca de una serie de temas y problemas, que ya han sido tratados por la historiografía, sino que al abrirnos un nuevo espacio de conocimiento, el de la vida personal, privada, cotidiana, nos posibilitarán encontrar elementos que enriquezcan la historiografía y, siempre a partir de este espacio, que eventualmente contradigan planteamientos que ya habían sentado sus reales.

2. Pero aun así, la historia oral puede ser de utilidad en los ámbitos conocidos y tradicionales. Desde luego, los testimonios pueden con-

vertirse en un elemento fundamental, en la fuente para el estudio de aquellos eventos y procesos sobre los que no hay fuentes escritas, aunque, como apunta certeramente Joutard; para la historia contemporánea deben ser pocos los casos para los que no contemos con información escrita. Pero bien puede darse el caso de no acceso a las fuentes escritas o bien que aunque éstas sean accesibles, lograr la información implica tal cantidad de tiempo que es preferible usar el testimonio para acceder más rápidamente al objetivo.

Dos ejemplos al respecto: Hace apenas pocos meses que han sido entregados al Archivo General de la Nación los expedientes relativos al Registro Nacional de Extranjeros, pertenecientes a la Secretaría de Gobernación. Antes de eso era absolutamente imposible consultarlos. Esta carencia, para los estudiosos del tema, podía soslayarse, al menos parcialmente, a través de entrevistas con estos mismos extranjeros. El segundo ejemplo se refiere al propio caso del estudio de los refugiados españoles en México. Si se quisiera hacer un rastreo de la presumible movilidad social de, al menos, un sector dentro del grupo, seguramente el acceso al registro de la propiedad podría ser muy útil, pero probablemente las entrevistas nos ahorrarán mucho tiempo y nos harán más corto el camino a la información.

Però recapitemos una vez más antes de contestar la tercera pregunta, siempre teniendo como eje la reflexión y el proyecto del cual nos hemos venido ocupando. Los testimonios, por sí mismos, no constituyen de manera automática una his-

toria novedosa, son una fuente cuyo análisis puede permitir el enriquecimiento de la historia "oficial" o, eventualmente, ser materia prima para la construcción de un nuevo discurso. Los testimonios han mostrado, por ejemplo, que la historia del exilio en México dista de ser homogénea y compartida. Si no el descubrimiento, sí el ir precisando la heterogeneidad de origen del grupo, ha facilitado la tarea. En términos de su desentramamiento social en México, estamos ya en posibilidad de decir que encontramos al menos tres subgrupos con comportamientos distintos. El constituido por la "élite" de la emigración es uno de ellos, con características propias. Entre la gente del común, podemos hacer una subdivisión a partir precisamente de la integración económica y social a México. Mientras un sector mantiene una estructura ocupacional y social muy parecida a la del país de origen, el otro ha tenido una integración a México con pautas cercanas a las que caracterizan a la vieja emigración española, a los "gachupines", caracterizada por la movilidad ocupacional y el ascenso social. ¿Quiere ello decir que lo que ya sabíamos de la historia del exilio se invalida? ¿Que la versión oficial¹⁰ es falsa? No, podemos decir ahora que la historia del exilio es lo que ya se sabía, más esos elementos nuevos que la enriquecen y la hacen más compleja.

¿Pero esta información es "propia" de la historia oral? Es decir, ¿sólo con testimonios orales podíamos acceder a ella? Creo que no. Por otra parte, esta historia "subalterna" que empieza a dibujarse, sale a la luz y se recrea —creo que puede decirse sin temor a la equivocación— a contrapelo de la voluntad de los propios refugiados. No es que el grupo de

exiliados no la conozca, es que han preferido presentar y adscribirse a la historia oficial. Entrevistando a un muy próspero industrial refugiado español, que de origen era pescador y comunista, al preguntarle qué función pensaba que había cumplido el exilio español en México, me respondió: "Magnífica, fue una emigración de grandes intelectuales". Su historia personal, desde luego, no quedaba concluida en esta respuesta ni a él le interesaba incorporarla.

Otro ejemplo muy revelador en este sentido lo constituye el que aporta el grupo de refugiados conocidos como los Niños de Morelia. La historia de los Niños de Morelia es, en mucho, distinta de la del resto del exilio. Es una historia que habla de muchos sufrimientos y que, no pocas veces, pone en entredicho supuestas solidaridades que, otra vez, la "historia oficial" proclama. Hace más o menos tres años se publicaron dos libros sobre el tema, uno mío y uno de un Niño de Morelia.¹⁹¹ El mío estaba escrito básicamente a partir de diversos testimonios, el otro fue escrito básicamente a partir de la

memoria del señor Paya. Escritos de diversa manera, sin duda, no creo que básicamente se contradijeran. Pero mientras mi libro fue bien recibido por el grupo, el de su compañero fue acremente recriminado. ¿Por qué? Porque preferían adscribirse, otra vez, a la historia oficial, o al menos, no se podían permitir que un miembro del propio grupo desmitificara esta historia. Ellos tienen sus razones, que no intentaremos explicar aquí, solamente consignamos el hecho.

3. Intentemos ahora responder a la tercera pregunta, sin duda la más difícil. Si no lo logramos, reflexionemos al menos un poco al respecto.

Por la forma en que estaba estructurado el cuestionario y por las preguntas que hacíamos, particularmente al inicio del proyecto, se desprende que, en el fondo, estaba siempre —y a veces se enseñoraba de todo— la "gran historia". ¿Podría haber sido de otra manera cuando se inició el proyecto? Creo que no. Frente a la incertidumbre, absolutamente natural, de cómo se habrían

construido estas vidas y de cómo se estructurarían en consecuencia estas biografías, la Historia, con mayúsculas, era el terreno privilegiadamente seguro. No es de extrañar entonces que los grandes cortes cronológicos que presenta el cuestionario sean marcados por los grandes eventos: la República y la Guerra. Es notorio que estos dos procesos, que duraron entre ambos 8 años, ocupen la mitad de un cuestionario que pretende abarcar casi toda una vida (generalmente estamos hablando de alrededor de 70 años de vida). Se dirá, con justicia, que la vida personal no es un fluir continuo, que hay quiebres fundamentales, y que determinado periodo, o un sólo día, pueden ser de importancia tan capital que en ellos se resume la vida del individuo. De acuerdo. Pero lo que llama la atención es que se quiera hacer coincidir la historia con la vida personal. Creo que ésta es una cuestión importante. Se partía, sin duda, de que la reconstrucción de la vida de estos informantes contribuiría, ampliaría, contradeciría, etc. el discurso histórico. Este resultado se obtuvo, creo, sólo parcialmente. Con mucha más intensidad se abrió paso, como un aire nuevo y fresco, otro espacio, otra parcela de conocimiento, espacio que sería injusto decir que no se había previsto en absoluto en el cuestionario. Sí estaba contemplado, pero estaba subordinado a la historia. Me refiero al espacio de la vida personal, de lo privado, de lo cotidiano; al mundo de los valores y las vivencias personales insustituibles.

Este espacio, en las entrevistas, se abrió con mucha más facilidad para el periodo del exilio que para el de la República y la Guerra. Para este último, el peso de los grandes nom-



bres, los grandes hechos, los grandes procesos, parecieron actuar como frenos, no solamente para el entrevistado, sino también para el entrevistador. Abundábamos en preguntas que comenzaban con ¿Qué opina de...? Sabíamos, en la mayoría de los casos, que, por su vida, el informante no nos podía hablar de su relación personal con Alfonso XIII, Juan Negrín o García Lorca, o que no había participado en la toma del Cuartel de la Montaña, la batalla de Guadalajara, etc., tampoco conocía, era obvio, la legislación generada por la República de cara a la Iglesia o al problema agrario, pero... la tentación era tan fuerte. La solución era el ¿qué opina de...? No dudo que muchas veces los hayamos intimidado al preguntarles sobre cosas que desconocían.

Un caso extremo, que presento sin rubor esperando que pueda ilustrar a futuros "militantes de la grabadora", es el siguiente. Una entrevistadora le pregunta a una informante qué opina de los efectos de la crisis del 29 en la economía española. La informante contesta con toda sinceridad que no sabe nada al respecto. La entrevistadora insiste. La informante dice entonces que lo que sí recuerda es que su padre se arruinó en ese tiempo (ella era hija de una familia de la burguesía comercial catalana), y parece que va a empezar a contar cómo fue, pero la entrevistadora interrumpe e insiste en que lo que le interesa es saber cuáles fueron los efectos de la crisis a nivel nacional.

Creo que esta anécdota, ese error, no requiere mayores comentarios. Más adelante, en la entrevista, ya hablando del exilio en México, la informante comenta una anécdota



que me parece, por contra, luminosa. Ya estando establecida la familia aquí, su condición económica y social había cambiado drásticamente con respecto a la que tenían en España. Ella se veía obligada a dar clases en diversas instituciones "de sol a sol". Un día, volviendo a su trabajo y observando que permanecía tirado en el suelo un papel desde hacía varios días, le dice a su madre con cierto tono de reclamo: "Madre: ¿Y ese papel?" Y la madre le contesta "¿Y quién quieres que lo recoja?", haciendo referencia obviamente a la ausencia de servidumbre. Esta anécdota nos remite a la pervivencia mental de un mundo y una forma de vida que se niegan a morir para adecuarse a otras condiciones y otro entorno. Bien, esta informante no nos podía informar —valga la expresión— sobre el impacto de la crisis del 29 en España; pero sí de cómo la crisis del 29 era vivida por una familia y nos hubiera acercado al clima, al ambiente, a los valores, etc., de un sector de la burguesía catalana de su tiempo. Y llevada la

entrevista de otra manera, nos hubiera enseñado mucho más sobre el significado individual de un derrumbe social.

Al adentrarnos en el mundo del exilio, las cosas cambian, los grandes nombres y los grandes acontecimientos, si no desaparecen, al menos dejan de tener tanto peso; la vida personal se convierte en casi el todo de la entrevista. La salida al exilio, el paso transitorio por Francia, la llegada a México, los ajustes de los primeros años, son descritos con mucha intensidad y detalle por prácticamente todos los informantes. ¿Qué sucede, qué significa este lapso de tiempo para la mayoría? La ruptura. La ruptura de la vida cotidiana; para muchos de los informantes ni siquiera la guerra significó una ruptura tan grande, mucho menos la República. En términos de la historia española, los cinco años de vida de la Segunda República fueron años cruciales, tan cruciales que desembocaron en una larga y sangrienta guerra civil; años graves y decisivos.

vos. Pero la mayoría de los informantes recuerda relativamente poco del periodo, habrá que esperar a la guerra y, aún más, tal vez al exilio para obtener relatos prolijos y no pocas veces extraordinarios en todos sentidos.

¿Por qué? Analizar eso nos puede conducir, creo, a cuestiones fundamentales. Pienso que la respuesta no puede ser otra sino que hablamos de procesos, dinámicas y, aun, temáticas distintas. Una cosa es la historia de la República y otra la de los refugiados; una cosa es la historia del exilio y otra la de los exiliados.^[10] La cronología y la temática de la historia es una; la cronología y la temática de la vida personal es otra. Para la vida personal la cronología se construye a partir de aquellos momentos o procesos que la transforman o trastocan de algún modo la vida cotidiana. Las fechas fundamentales de la vida personal pueden ser la muerte de los padres, el nacimiento de los hijos, el matrimonio, la obtención del primer empleo... difícilmente el 14 de abril o el 18 de julio.^[11] Por ello la salida al exilio y la estancia en los campos de concentración franceses es recordada con tal fuerza: fue el rompimiento de la vida cotidiana, de la vida real, de la vida en acto, de la única que como individuos conocemos. Los temas, la verdadera sabiduría que encierra el informante en su memoria, son también otros... o tal vez los mismos, pero no elevados a nivel de categoría, sino la encarnación de los conceptos. Por eso se corre el riesgo de entorpecer o violentar el fluir de la memoria, cuando nos colocamos a partir de la cronología de la Historia o cuando somos incapaces de hacer descender las categorías o realidades encarnadas en los individuos.

Entonces, ¿cuál es el espacio propio, intransferible de la historia oral? Repitámoslo: el de la vida personal, el de lo privado y el de lo cotidiano. Un espacio en el que se manejan maravillosamente bien etnólogos y literatos de los que sin duda tenemos mucho que aprender y que incorporar los historiadores. Pero si ya lo hacen los etnólogos y los literatos, ¿qué tenemos que hacer ahí los historiadores? Un breve comentario: desconozco qué suceda en otras disciplinas, pero por lo que a la historia respecta, creo que tiene un marcado espíritu intervencionista e imperialista. La historiografía reciente no ha tenido empacho en ir incorporando lo que se le ha puesto enfrente, las fuentes se han ido diversificando y también las temáticas. ¿Por qué no seguirlo haciendo si ha dado buenos frutos? ¿Pero qué es lo que hace que sigamos hablando de historia, que la historia sea eso y no otra cosa? Hay dos elementos que distinguen el trabajo del historiador^[12] —y ello no quiere ser la defensa de una disciplina frente a otras, ni nada por el estilo—, uno es el manejo del tiempo, el ver un devenir ahí donde otras disciplinas tienden a ver estaticidad. Es decir, es el planteamiento diacrónico de los problemas, a diferencia de otras disciplinas que observan y analizan a partir de grandes cortes sincrónicos, a manera de fotografías, de instantáneas, que pueden ser muy prolijas, pero fijas. Ubicar y explicar continuidades y rupturas en el tiempo, es historiar. Pero explicar conlleva a otro elemento: encontrar los vínculos, los cruces, los puntos de contacto entre procesos diversos que inciden entre sí. Creo, entonces, que la tarea del historiador, sus búsquedas y sus explicaciones suele ser más exógenas que las de otros especialistas que buscan explicar básica-

mente a partir de un análisis endógeno de su objeto de estudio.

Lo dicho hasta aquí, creo que debe significar una voz de alerta. No nos engañemos, debemos incorporar los testimonios orales al conocimiento histórico para enriquecerlo, no para empobrecerlo y, aunque parezca extraño, esto último puede no ser raro. En efecto, ir, grabadora en bandolera, a entrevistar al primer anciano —generalmente los informantes son ancianos— que se nos ponga enfrente, transcribir lo grabado y —aun— publicarlo, así, sin más, no significa en sí mismo un enriquecimiento del conocimiento histórico, aun si dicho testimonio es sobresaliente. No invalido que se haga, la mayor parte de las veces es muy importante que se haga. Pero lo que estamos haciendo en este caso es, básicamente, crear una fuente. Si nos quedamos en eso, es algo parecido a si reunimos en una mesa los varios volúmenes de los censos generales de población, y creemos que ello es la historia de la población del siglo XX mexicano. Historiar es otra cosa, es fundamentalmente explicar y, más que explicar, dominio de la razón, es dar sentido a los hechos. Explicar es un esfuerzo intelectual. Pongamos un último ejemplo, en este caso con participación de la imaginación. Supongamos una situación ideal, en la cual hubiera sido posible entrevistar al millón de afiliados que se dice tenía la CNT^[13]. ¿Tendríamos ahí la historia de los cenetistas? Sí y no. Pero no tendríamos la historia de la CNT y, menos todavía, la historia de España de, digamos, los años 30', misma que es incomprensible sin conocer el contexto internacional en el que se estaba dando. Habríamos construido elementos para hacer la

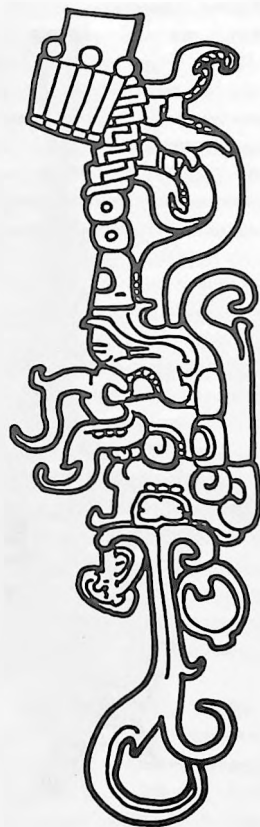
historia de los cenetistas, pero aun ésta no podría hacerse sin incorporar la historia de la CNT y, con ella, la de los otros organismos y organizaciones que marcan la historia de los años 30' en España. Y es que la suma de historias individuales no es la historia, verdad de Perogrullo, pero que a veces parecemos olvidar los "historiadores de gabadora".

Tropezamos aquí con un problema capital. Problema maravillosamente expuesto por Isaih Berlín en su ensayo "El erizo y el zorro", en el cual analiza la visión de la historia en Tolstoi. El autor de *La guerra y la paz* —escribe Berlín— planteaba que "ninguna teoría puede captar la variedad inmensa del comportamiento humano, la vasta multiplicidad de minúsculas causas y efectos indestructibles que forman este entrecruce de hombre y naturaleza que la historia pretende registrar". "Cuando Tolstoi contrasta (la) vida real, —la experiencia auténtica, viva' de los hombres con la vista panorámica conjurada por los historiadores, para él no hay duda de qué es lo real y qué es una ficción, coherente a veces elegantemente concebida, pero siempre ficción". Tolstoi se revelaba contra aquellos "que no empezaron siquiera a comprender aquello en que realmente consiste la vida, que tomaron sus accidentes exteriores, los aspectos baladíes que se encuentran fuera del alma individual —las llamadas realidades sociales, económicas y políticas— por aquello que es lo único genuino, la experiencia individual, la relación específica de los hombres entre sí, los colores, aromas, sabores, sonidos y movimientos; los celos, amores, odios, pasiones, los raros chispazos de auténtica visión, los momentos de cambio, la

ordinaria sucesión cotidiana de datos privados que constituyen todo lo que existe, que es la realidad.

Entonces, ¿cuál es la misión del historiador?, ¿describir los datos últimos de la experiencia subjetiva, las vidas personales vividas por los hombres, las ideas, el conocimiento, la poesía, la música, el amor, la amistad, los odios, las pasiones de qué, para Tolstoi, se compone la vida real? ¿Eso y nada más? (...) Tolstoi rechazó la propuesta con violenta indignación aun durante su edad mediana, antes de su fase religiosa final; pues eso no sería dar respuesta a la pregunta de lo que es, y cómo y por qué llega a ser y luego pasa, sin dar la espalda a todo ello y a callar el propio deseo de descubrir cómo viven los hombres en sociedad y cómo se ven afectados unos por otros y por su medio y con qué fin".^[14]

Tolstoi no logró resolver para su propia satisfacción la tensión que le significaba el ser un zorro que pretendía ser un erizo. "Y es que existe una enorme brecha entre aquellos que, por su lado, lo relacionan todo a una sola visión central, un sistema más o menos coherente o expresado, de acuerdo con el cual comprenden, piensan y sienten; un solo principio organizador en función del cual cobra significado todo lo que ellos son y dicen (erizos); y, por la otra parte (aquellos que) captan la esencia de una gran cantidad de experiencias y de objetos por lo que son en sí mismos, sin intentar, consciente o inconscientemente, hacerlos embonar o excluirlos de alguna visión interna unitaria, invariable, omnipresente, a veces contradictoria e incompleta y a veces fanática".^[15]



Aquellos que pretendemos incorporar a la historiografía los testimonios, "la vida real", enfrentamos sin duda una tensión parecida a la que enfrentó Tolstoi; y, sin su talento, habremos de intentar superarla.

[1] Pla Dolores *El exilio español de 1939, composición y perspectivas de análisis*, ponencia presentada en el Centro de Estudios de Historia de la Iglesia en Latinoamérica (CEHILA) 1988.

[2] Quintanilla G. Patricia, *Memoria de las actividades desarrolladas por la delegación de Veracruz* (mecanoescrito).

[3] Matsanz, José Antonio, "La dinámica del exilio" en *El exilio español en México 1939-1982*, México, Salvat Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 163.

[4] Tamames, Ramón, *La República. La era de Franco*, Madrid, Alianza Editorial Alfragura, 1974, p. 142.

[5] Sarrailh, Jean, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 782.

[6] Se puede consultar la bibliografía recopilada por el Seminario Inmigrantes en la historia de México, de la Dirección de Estudios Históricos, en cuya elaboración participé, en tanto integrante del Seminario. Los refugiados españoles son el grupo de extranjeros en México que más bibliografía han generado, y una parte sustancial de esta producción es escrita por ellos mismos.

[7] Entiendo "oficial" a la manera de Joutard. "...la memoria oficial o institucional no es monopolio del poder o de los grupos y clases dominantes. Desde el momento en que una comunidad forma una cierta conciencia de sí misma, tiene su memoria institucional y oficial". Joutard Philippe, *Esas voces que nos llegan del pasado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 260.

[8] Hay que mencionar al menos dos libros altamente representativos de esta historia

oficial: *El exilio español de 1939*, Madrid, Taurus, 1976-1978, 6 v. *El exilio español en México*, 1939-1982, México, Salvat Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 909.

En ambos, verdaderamente excelentes, colaboraron miembros prominentes del exilio o personas vinculadas al grupo. Al segundo da un toque particularmente oficial la introducción escrita por el entonces presidente de la República José López Portillo. Informan básicamente sobre la vasta tarea realizada por los refugiados en el mundo de las artes y de las ciencias.

[9] Paya Valera, Emeterio. *Los niños españoles de Morelia*. (El exilio infantil en México), EDAMEX, México, 1985, p. 256. Brugat Pla, Dolores, *Los Niños de Morelia*. Un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México, Instituto Nacional de Antropología, México, 1985, p. 159

[10] Particularmente reveladoras para mí han sido las conversaciones con mi amigo y colega Salvador Rueda. "una es la historia del zapatismo y otra la de los zapatistas", me dijo a manera de síntesis muy esclarecedora.

[11] La primera es el día de la proclamación de la Segunda República Española y la segunda marca el inicio de la Guerra Civil

[12] Este planteamiento le debe mucho a las conversaciones y convivencia de años con mi amiga y compañera Guadalupe Zárate

[13] Confederación Nacional del Trabajo (Central Sindical Anarquista)

[14] Berlín Isaiah, "El erizo y el zorro" en *Pensadores Rusos Fondo de Cultura Económica*, (Colección breviaros, No. 287), México 1979, p. p. 92-94

[15] *Ibidem*, pp. 69-70

* Dolores Pla Brugat es investigadora de la Dirección de Estudios Históricos. INAH.

